

1 de mayo de 2022
3er Domingo de Pascua Ciclo C



LECTURAS

Hechos 5, 27-32. 40-41: En aquellos días, el sumo sacerdote reprendió a los apóstoles y les dijo: “Les hemos prohibido enseñar en nombre de ese Jesús; sin embargo, ustedes han llenado a Jerusalén con sus enseñanzas y quieren hacernos responsables de la sangre de ese hombre”. Pedro y los otros apóstoles replicaron: “Primero hay que obedecer a Dios y luego a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien ustedes dieron muerte colgándolo de la cruz. La mano de Dios lo exaltó y lo ha hecho jefe y salvador, para dar a Israel la gracia de la conversión y el perdón de los pecados. Nosotros somos testigos de todo esto y también lo es el Espíritu Santo, que Dios ha dado a los que lo obedecen”. Los miembros del sanedrín mandaron azotar a los apóstoles, les prohibieron hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Ellos se retiraron del sanedrín, felices de haber padecido aquellos ultrajes por el nombre de Jesús.

Sal 29: Te alabaré, Señor, pues no dejaste que se rieran de mí mis enemigos. Tú, Señor, me salvaste de la muerte y a punto de morir, me reviviste. Alaben al Señor quienes lo aman, den gracias a su nombre, porque su ira dura un solo instante y su bondad, toda la vida. El llanto nos visita por la tarde; por la mañana, el júbilo. Escúchame, Señor, y compadécete; Señor, ven en mi ayuda. Convertiste mi duelo en alegría, te alabaré por eso eternamente.

Apocalipsis 5, 11-14: Yo, Juan, tuve una visión, en la cual oí alrededor del trono de los vivientes y los ancianos, la voz de millones y millones de ángeles, que cantaban con voz



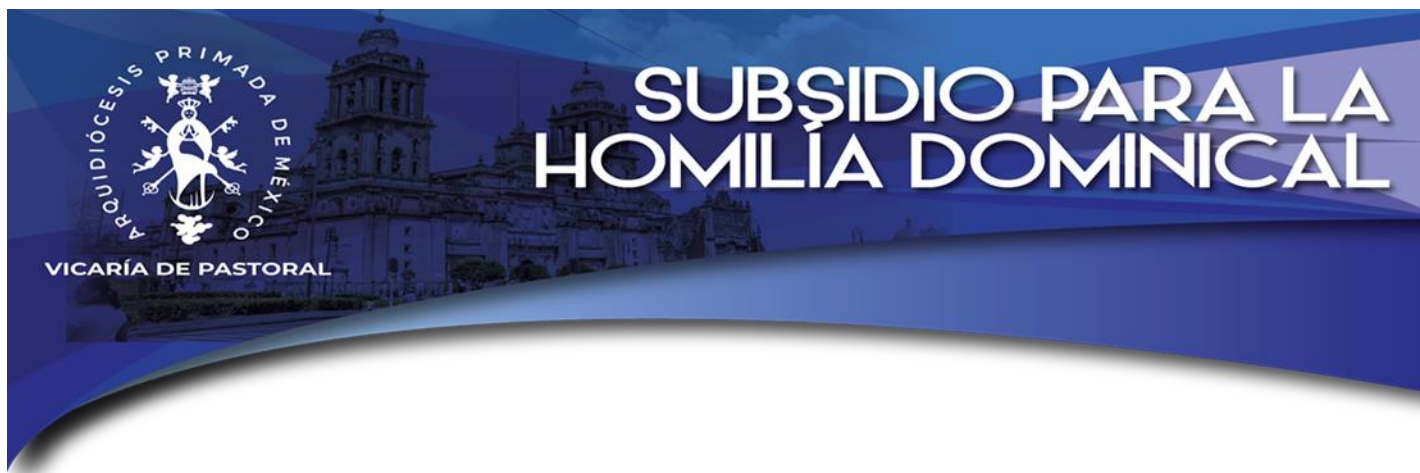
potente: "Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir el poder y el honor, la gloria y la alabanza". Oí a todas las creaturas que hay en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra y en el mar -todo cuanto existe-, que decían: "Al que está sentado en el trono y al Cordero, la alabanza, el honor, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos". Y los cuatro vivientes respondían: "Amén". Los veinticuatro ancianos se postraron en tierra y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

Juan 21,1-19: En aquel tiempo, Jesús se les apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se les apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás (llamado el Gemelo), Natanael (el de Caná de Galilea), los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: "Voy a pescar". Ellos le respondieron: "También nosotros vamos contigo". Salieron y se embarcaron, pero aquella noche no pescaron nada. Estaba amaneciendo, cuando Jesús se apareció en la orilla, pero los discípulos no lo reconocieron. Jesús les dijo: "Muchachos, ¿han pescado algo?" Ellos contestaron: "No". Entonces él les dijo: "Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán peces". Así lo hicieron, y luego ya no podían jalar la red por tantos pescados.

Entonces el discípulo a quien amaba Jesús le dijo a Pedro: "Es el Señor". Tan pronto como Simón Pedro oyó decir que era el Señor, se anudó a la cintura la túnica, pues se la había quitado, y se tiró al agua. Los otros discípulos llegaron en la barca, arrastrando la red con los pescados, pues no distaban de tierra más de cien metros. Tan pronto como saltaron a tierra, vieron unas brasas y sobre ellas un pescado y pan. Jesús les dijo: "Traigan algunos pescados de los que acaban de pescar". Entonces Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red, repleta de pescados grandes. Eran ciento cincuenta y tres, y a pesar de que eran tantos, no se rompió la red. Luego les dijo Jesús: "Vengan a comer". Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: "¿Quién eres?", porque ya sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio y también el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos. Después de comer le preguntó Jesús a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?" Él le contestó: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Apacienta mis corderos". Por segunda vez le preguntó: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Él le respondió: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Pastorea mis ovejas". Por tercera vez le preguntó: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?" Pedro se entristeció de que Jesús le hubiera preguntado por tercera vez si lo quería y le contestó: "Señor, tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas. Yo te aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías la ropa e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás los brazos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras". Esto se lo dijo para indicarle con qué género de muerte habría de glorificar a Dios. Después le dijo: "Sígueme".





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

EL CONFLICTO QUE TRAE LA PASCUA

El hombre busca incesantemente, desde que nace hasta su término, algo que no sabe cómo definir y que ha llamado "felicidad". Hay tantas definiciones de este concepto como seres humanos: Ausencia de conflicto, satisfacción de sus necesidades, armonía consigo mismo y con lo que le rodea, posesión abundante de bienes etc. Finalmente, la "felicidad" acaba siendo siempre un sueño inalcanzable o incluso una quimera alienante que distrae al hombre de aquella realidad en la cual puede encontrarse a sí mismo y el sentido de lo real. El evangelio que nos fue proclamado el domingo anterior nos revela el don que viene de lo alto y que es fruto de la Pascua del Hijo, a saber, el *Shalom*, la paz bíblica prometida desde antiguo para los tiempos mesiánicos y que es la respuesta de Dios a la búsqueda del hombre. Una paz que primero reconstituye a la comunidad liberándola del miedo que le mantiene encerrada en los viejos esquemas del pasado y que después le capacita para salir de sí misma y ser punta de lanza abriendo caminos al señorío de Dios.

La temática teológica y espiritual de los textos que este domingo se nos proclaman apunta hacia el significado existencial que la paz dada por el resucitado comporta para la comunidad. Indefectible y paradójicamente esa paz mete al discípulo en la categoría del conflicto, de la persecución y en último término de la muerte. La pascua, que es la respuesta de Dios ante la muerte y que se manifiesta en el triunfo sobre ella, se sitúa en un entramado social cuyo fundamento es el pecado (cuyo fruto es la muerte) y precisamente por ello rechaza violentamente la Vida.



En el Libro de los Hechos se nos dice que los apóstoles “enseñan en nombre de Jesús” y desenmascaran la culpa deicida de los detentadores del poder religioso representados por el sumo sacerdote y por ello son perseguidos, azotados e intimidados a renunciar a su testimonio. Enseñar en el nombre de Jesús significa en este texto, no solo ni en primer lugar, transmitir una doctrina o una serie de enunciados religiosos, sino sobre todo revelar al hombre la irrupción en la historia de una nueva forma de vida, de relación entre los hombres y con Dios, una vida que no es compatible ni reconciliable con los valores de la economía (en el sentido etimológico del término, a saber, administración de la casa, plan organizativo y distributivo de los bienes de esa casa) del viejo eón.

No se necesita atacar ferozmente a nadie en particular (nunca hizo tal cosa Jesús) ni lanzar amenazas e improperios para denunciar los poderes opresores y enemigos de la vida, basta con “enseñar en el nombre de Jesús” (lo cual evidentemente implica un testimonio de vida coherente con el Evangelio) para atraerse la enemistad del “mundo” (para emplear la terminología y simbolismo de la escuela joánica). Recordemos que la expresión “en el nombre” no es una simple referencia de la pertenencia a una confesión religiosa ligada a Jesús, significa estar sumergido por completo, configurado vital y existencialmente en los valores y opciones que asumió el Maestro en la historia y que ratificó el Padre al exaltarlo y hacerlo “jefe y salvador” y desde allí, proclamar con la palabra y con el testimonio los valores del Reino de Dios.

Una Iglesia acomodada con los valores que debería denunciar como contrarios a la vida, perniciosos para la vida evangélica, tales como la riqueza a expensas de los más débiles, el hedonismo, el poder despótico, etc., simple y llanamente, esa Iglesia no es perseguida. Seamos honestos, realmente, hoy por hoy, no somos incómodos para nadie, no somos rechazados en ningún ambiente. Debemos asumir una postura decididamente acorde con las opciones y enseñanzas de Jesús ¿A quién obedecemos primero, a Dios o a los hombres? Es una pregunta que trasciende todas las fronteras y épocas y nos confronta con la fe que decimos profesar. Aquellos valientes y arrojados apóstoles “se retiraron del sanedrín, felices de haber padecido aquellos ultrajes por el nombre de Jesús.

Es cierto que el cristiano vive en el gozo permanente del Espíritu y que este es un aspecto poco subrayado en la catequesis y predicación que acentúa la renuncia y los sufrimientos que implica el seguimiento de Cristo, pero es igualmente cierto que el conflicto con el mundo (en tanto que éste permanezca estructurado pecaminosamente) no es opcional para el discípulo, más aún, es un parámetro deseable para “medir” la veracidad de la espiritualidad cristiana. No se trata de elegir entre presencia o ausencia de conflicto, se trata de integrar el conflicto en la dinámica de la fe que se hace vida. Como canta el Salmo: “El llanto nos visita por la tarde; por la mañana, el júbilo”. Claro que la presencia del Señor es permanente, pero ello no anula la experiencia del sufrimiento que sobreviene precisamente por serle fiel y obediente. Y esto es así por la simple y sencilla razón de que la fe, o es histórica o no es fe en absoluto, y al ser histórica es procesual, conoce siempre nuevas situaciones en las que es menester que se actualice, su dinamismo está pulsionado



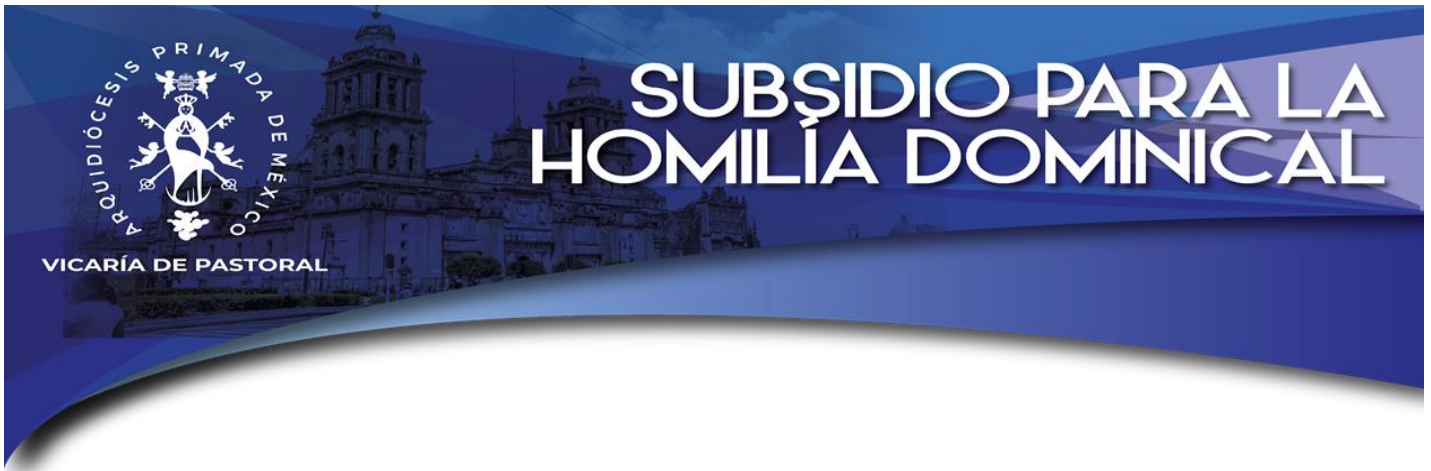
hacia el *ésjaton* y por ello, su fatigoso caminar solo terminará más allá de la historia. Es por ello por lo que la esperanza es el signo distintivo del creyente, sin ella es imposible actualizar la fe y la caridad se hace imposible.

El paradigma del cristiano, a saber, "el Cordero inmolado" del Apocalipsis, que recibe "el poder y la riqueza, la sabiduría y la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza", por lo cual estos valores son resignificados por la realidad del crucificado. La inmolación determina lo que es poder y fuerza (servicio hasta la entrega de la vida), riqueza (el cumplimiento irrestricto de la voluntad del Padre y el Espíritu de filiación), la sabiduría (la revelación del sentido de lo real como don del Padre). El hombre auténtico queda revelado en la cruz, todos sus anhelos se ven cristalizados cuando queda con los brazos abiertos y atrae así a todos hacia él. Es entonces que recién inicia la vida y la creación entera (los cuatro vivientes) dan el amén cósmico como sí definitivo al proyecto creador del Padre.

En el Evangelio de Juan aparece la imagen de la pesca, tan querida en los relatos evangélicos referentes a la misión discipular y que están llenos de elementos simbólicos al servicio del mensaje teológico: El mar, símbolo de las fuerzas opositoras al Reino y en las cuales está inmersa la humanidad entera (los 153 peces), las redes que significan los elementos humanos mediante los cuales la pequeña comunidad (simbolizada por la barca) pretende rescatar a los hombres, pero que sin Cristo se demuestran inútiles ("Salieron y se embarcaron, pero aquella noche no pescaron nada"), Pedro mismo que representa emblemáticamente a los discípulos de todos los tiempos que son enviados con una sola herramienta ilos panes y los peces! ¡La Eucaristía y la fe en Jesús como Mesías, Hijo de Dios y Salvador! ¡Menudas armas para rescatar a los hombres de las garras de la iniquidad! ¡Cuántos proyectos pastorales fracasan estrepitosamente no obstante su impecable estructuración porque su fundamento no es la vida fraterna y la confianza absoluta en el único que puede llenar de peces grandes la red sin que se rompa! Y no solo hablamos de un proyecto pastoral, sino del proyecto de santidad para cada particular creyente y de la comunidad como tal. La imagen que brota naturalmente del texto evangélico es la de una intimidad mayúscula entre Cristo y su comunidad, es el contexto de una cena caracterizada por la fraternidad (los panes) y la fe compartida (los peces). No es posible experimentar la manifestación pascual de Cristo fuera del ámbito de estas dos realidades y, por lo tanto, la misión es un quehacer comunitario. Es en la comunidad que el cristiano encuentra la fuerza para atreverse a vivir radicalmente un proyecto (el de Dios) que encuentra su densidad máxima en el signo paradójico de la cruz ("Yo te aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías la ropa e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás los brazos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras") que por un lado evidencia como signo profético el pecado del mundo y por otro lado anuncia silenciosa pero elocuentemente el loco y desaforado amor de Dios por nosotros los hombres.

Abracemos pues desde la fuerza del Espíritu del resucitado, con gozo y esperanza el conflicto que trae la Pascua.

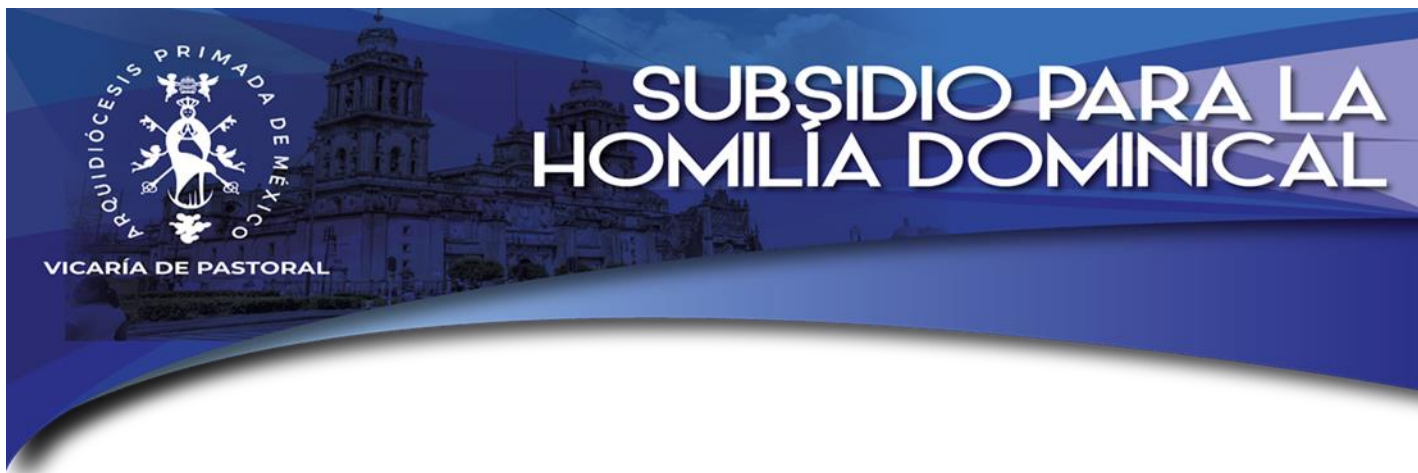




SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- Los apóstoles se enfrentan al enojo y a las represalias de las autoridades religiosas porque “enseñan en el nombre de Jesús”, es decir, continúan la labor liberadora y profética del Señor. ¿Como “enseñas en el nombre de Jesús” a los que te rodean?
- La Pascua de Jesús es, ante todo, rescate de la muerte para entrar en una vida nueva, plenamente realizada. ¿Cómo experimentas hoy los efectos de la Pascua de Jesús en tu vida?
- El texto del Apocalipsis nos muestra la alabanza y reconocimiento celestial al Cordero inmolado, es decir a Jesús que ha dado la vida por nuestra salvación. Para el cristiano, dar la vida significa proseguir la obra de Jesús mediante el servicio a los más necesitados, a los sufrientes del mundo. ¿Cómo entregas tu vida por los demás?
- La imagen de la pesca, en el Evangelio de Juan, simboliza la misión evangelizadora. Los peces son los hombres que están sumergidos en la cultura de la muerte (simbolizada por las aguas). Y solo Jesús puede hacer que la pesca dé fruto abundante. ¿Cómo vives hoy el llamado de Jesús para que, a pesar de las dificultades, eches de nuevo tus redes al mar? ¿Qué significaría en tu vida “echar las redes? ¿Quiénes son los “peces” que debes rescatar del mar?





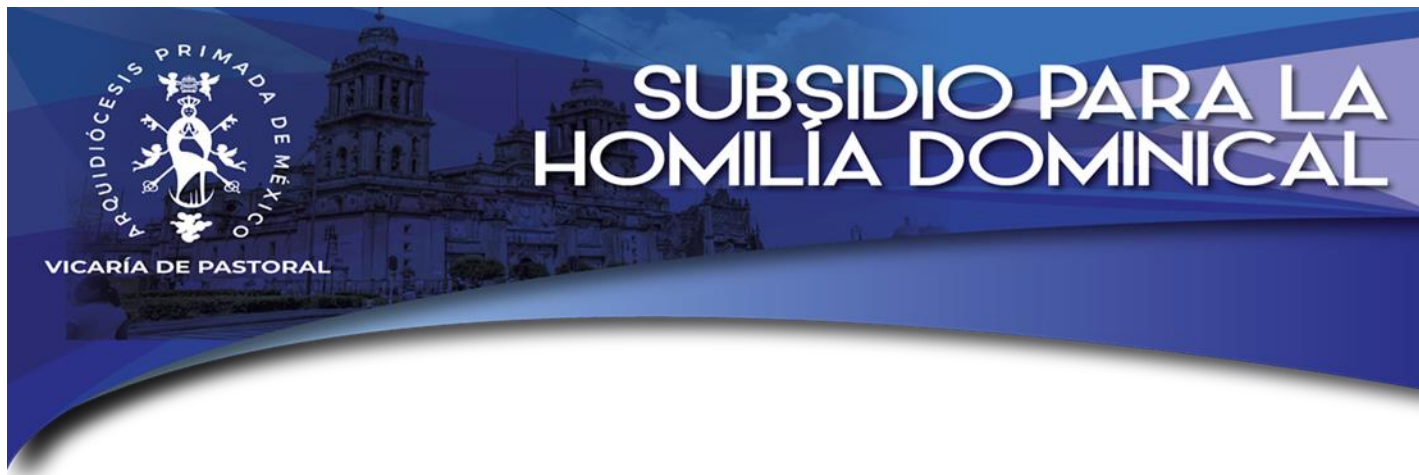
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:

https://youtu.be/ok8vPCFc0_A





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



PAPA FRANCISCO

**MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA DOMUS SANCTAE MARTHAE_5/09/13**

<https://bit.ly/37y6UcO>





ECOS DE LA PALABRA
DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

EL ENTRAÑABLE PERDÓN DE JESÚS

En la cincuentena pascual el cristiano se recuerda la importancia de la misión evangelizadora. La resurrección es la fuente de alegría de los cristianos y el motor auténtico para evangelizar. La lectura del día de hoy nos muestra la misión indiscutible de todo apóstol. Un elemento importantísimo para poder anunciar a Cristo es el saberse perdonado por Dios.

San Pedro es popularmente recordado por haber negado tres veces a Jesús, pero muy pocas veces se recuerda la conmovedora reconciliación de Pedro con Jesús. Hoy nos damos cuenta del increíble perdón y amor que Dios nos tiene a pesar de nuestras negaciones. Las tres preguntas que le hace Jesús a Pedro son la clave para entender la dinámica de su grandiosa misericordia: Pedro ¿me amas?, Pedro ¿me amas?, Pedro ¿Me quieres?

Pedro es el paradigma del nuestro amor imperfecto. El hombre no puede amar con la perfección de Dios. Constantemente su respuesta se queda corta, sin embargo, cuando fallamos Él nos espera con los brazos abiertos, nos enmienda y nos dice nuevamente: "Apacienta a mis ovejas".

Anunciar el Evangelio supone coherencia y exigencia de parte del evangelizador, sin embargo, en medio de nuestras imperfecciones está esta encomienda: anuncia la alegría de la resurrección. La misión de la Iglesia, en el mar del mundo, no es otra sino la de ser pescadores de todos los hombres sin excepción y llevarlos al puerto seguro de la fe y de la eternidad.





**ECOS DE LA PALABRA
DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS INFANTIL**

XXXXXXXXXX

X





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

Querido adulto mayor: ¿Cuántas veces has lanzado tus redes al mar esperando pescar algo para lo que no estás preparado? El evangelio de esta semana nos habla del fracaso de los discípulos cuando intentaron pescar en ausencia de Jesús y la diferencia cuando tuvieron éxito y llenaron sus redes. Los discípulos se pusieron en manos de Jesús y se entregaron a Dios, el resultado fue más de lo que esperaban, Dios les dio en abundancia porque se ciñeron a su voluntad y aceptaron a su Hijo como lo que es: la verdad, el camino y la vida.

¿Has fracasado porque no te acompañó Jesús, porque no te pusiste en sus manos? ¿Te ha dado Dios algo que deseabas en abundancia? ¿Cuál es la diferencia entre una situación y otra? Me gustaría que te detuvieses un momento a reflexionar, a que veas si en tus actos y en tu vida, en todo lo que haces, te pones en manos de Jesús y confías en el Padre. Eso nos enseñó Jesús al sufrir su calvario, morir, ser sepultado y resucitar. La Pascua es renacer a la vida, lo que espera el Señor de cada uno es que dejemos atrás el pecado, las debilidades, las fallas, y que nos pongamos en sus manos, caminando con Jesús. Antes de que eches tus redes, pide a Jesús que te acompañe, haz a un lado tus dudas, confía y tendrás en abundancia. Te deseo un momento de reflexión y muchas oportunidades de tomar acciones para ser un católico ejemplar, un testimonio viviente de lo que significa ser cristiano.

Las lecturas de esta semana nos refieren al momento en que los apóstoles sufrieron y padecieron por "enseñar en nombre de Jesús". Padres y madres de familias católicas: ¿estamos preparando a nuestros hijos para padecer y sufrir por enseñar en nombre de



Jesús, por ser católicos en estos tiempos modernos de conformismo, mediocridad y secularismo tiránico disfrazado de laicidad recalcitrante?

¿Qué enseñamos con nuestro ejemplo? ¿Debilidad? ¿Nos quedamos callados ante los ataques a nuestra religión y la malevolencia de algunos? ¿O como Jesús, dejamos que nuestras acciones hablen por nosotros, incomodando a todos aquellos que critican a nuestra religión? En nuestra familia consideramos que las palabras son poderosas pero el ejemplo arrastra y es más elocuente. En casa estamos formando católicos que incomodan e incomodarán a todos aquellos que no desean que la parte religiosa de los individuos sea mostrada o siquiera que exista. Todos en casa nos preparamos para “enseñar en nombre de Jesús”, y para que lo que decimos sea lo que hagamos, es decir, que seamos coherentes y perfectamente integrados. Me parece que es deber de todo padre y madre católicos el educar a los hijos y prepararlos para defender su fe, estudiando, siendo ejemplo vivo, siendo congruente y permitiendo que las acciones hablen por sí solas. Deseamos que tengas la fuerza, la templanza, el valor, la sabiduría y el buen juicio para enseñar en nombre de Jesús en cada ámbito de tu vida, que seas católico y católica de una pieza.





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD

El Tiempo de la Pascua es el tiempo por excelencia de la renovación de la vida cristiana, vida que no se limita solo a la vida en el sentido humano-inmanente del término, sino que necesariamente se abre a Dios, trascendiendo la vida meramente natural. En esta clave de lectura, los textos de la Palabra de Dios que escuchamos nos quieren ayudar a abrir nuestra mirada para reconocer al Señor que se hace presente para su Iglesia en general y para cada uno de nosotros en particular. La proclamación litúrgica de los textos de la Escritura, por la acción del Espíritu Santo que los inspiró y que actúa en su Iglesia, transforma estos textos en Palabra del Señor: la escucha de la Palabra nos permitirá escuchar al Señor que nos dice por dónde “echar las redes”.

De la experiencia de la presencia del Señor en la propia vida, surgirá la necesidad de “vestirnos”, recordando que en el Bautismo fuimos revestidos de Cristo (la vestidura blanca que se nos entregó como símbolo de nuestra nueva dignidad de cristianos). La renovada experiencia de la presencia del Resucitado que nos ha salvó de la muerte, nos lleva a tomar conciencia de la necesidad de que nuestra vida se revista de Cristo: conservar sin mancha nuestra dignidad de cristiana, libre de todo aquello que la contradice, de todo aquello que vuelve a ser muerte.

Ceñirme la túnica, vestir nuevamente la vestidura blanca, significará también acercarme al sacramento que renueva la gracia del Bautismo, la Penitencia, que, significando “arrepentimiento”, nos lleva como a Pedro no solo a “alegrarnos por haber recobrado la dignidad de la adopción filial”, sino también a renovar la respuesta que quiere corresponder al amor experimentado en la presencia concreta del Señor para cada uno y



que es el fundamento de una vida nueva, de una vida digna de ese amor y esa presencia, del revestirnos de Cristo, que hace de cada momento de la vida un decir "Señor, tú lo sabes todo; tu bien sabes que te quiero" que lo vuelve un solemne "Amén" pronunciado como adoración y glorificación del Cordero inmolado.

Finalmente, la experiencia vital del Señor resucitado lleva a reconocer que sigue siendo él mismo que nos brinda lo necesario para vivir esa vida renovada, fruto de haber sido arrancados del pecado y de la muerte. El Señor, reconocido por los discípulos, les ofrece, con la misma secuencia de la Cena, el pan, presencia del mismo Cordero pascual, enfatizado por el pescado (ἰχθὺς = Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Ὑιὸς Ζωτήρ: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador); pero, al ser el signo de la Eucaristía, es también el signo de la ofrenda de la Iglesia, del sacrificio "vivo y santo" en el que el Cordero pascual se ofrece en, con y por su Cuerpo y los transforma en "ofrenda permanente" para que por la acción del Espíritu Santo en Cristo formemos "un solo cuerpo y un solo espíritu" en la comunión de "la fe y la caridad" para ser así, junto con el mismo Espíritu Santo, "testigos de todo esto".

De esta manera, los sacramentos del Señor, si bien "no agotan toda la actividad de la Iglesia" (SC 9), son, sin embargo, "la cumbre hacia la cual tiende toda la vida de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza" (SC 10), ya que al ser "obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia" (SC 7). Confiados en que "para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia", podemos decir con San Agustín: "Dame, Señor, lo que me pides y pídemelo lo que quieras".

